

PANDEMONIUM



Precio 25 Cts.

Srta. Clara Murillo

(Fot. Hernández)

CLARA MURILLO

La Protección de su Negocio al alcance

de su Mano

LLEVE SU RECIBO

CONTADO

Pesos Centavos

E 6 . 10

Si en tiempos normales es necesario una vigilancia extrema para que el fruto de su trabajo y los rendimientos de su negocio, no sufran quebrantos, ¿Cuanto más necesario no lo será en situaciones críticas?

Esto únicamente lo consigue empleando la Máquina Registradora

NATIONAL

de la que es Unico Agente:

A. T. Harrison

Apartado 946 - Teléfono 461

SAN JOSE,
Costa Rica



EVOcando GENIALIDADES

HEINE Y SUS PALIZAS DE LOS LUNES

Enrique Heine abatanaba a su mujer todos los lunes. No podía hacer menos. Habíala conocido al ir a comprarse unos guantes a una tienda donde ella despachaba como dependiente. Se enamoró fulminantemente de ella y le propuso hacer vida común. Matilde, que así se llamaba la guanterera, sintiéndose presa también de fulminante amor, aceptó enseguida la proposición del poeta alemán. Era bellísima, pero poco inteligente y nada culta y carecía de dulzura como su amante de paciencia.

Heine la golpeaba solamente los lunes; decía que aquel castigo hebdomadario era indispensable. Matilde sufría las palizas derramando torrentes de lágrimas. Habría podido defenderse, pero se conformaba con agarrarse a las piernas del poeta, tan fuertemente, que solían caer ambos rodando al suelo, de donde se levantaban más calmados y satisfechos. En tales escenas de amor conyugal fueron sorprendidos muchas veces por sus amistades, que mediaban pacificadoras con poco duradera eficacia, pues los enamorados solían reanudar el litigio al sentarse a yantar, aunque tuviesen convidados. Matilde era muy maliciosa y si creía que algún amigo se ponía de parte de Heine, le arrojaba a la cabeza lo primero que hallaba a mano.

Así, un día le lanzó al rostro a su amigo Weil un plato de pescado en salsa.

Heine, como era otro día de la semana, se excusó diciendo:

—Estate tranquilo. El lunes le daré una buena lección.

Algunos años después, parangonándose con Sócrates, decidió desposarse con su Xantipa.

Pero, terminada la ceremonia, corrió al café a buscar a sus amigos, y se desahogó, diciéndoles:

—He hecho mi testamento. Legó todos mis bienes a Matilde, pero con

la condición de que contraiga nuevas nupcias. Quiero que haya sobre la tierra un hombre que sienta mi falta de este mundo, pensando que si yo no me hubiese muerto, no hubiera podido caberle la desgracia de casarse con mi viuda.

GOETHE Y LOS BESOS DE MALDICION

Es un episodio muy curioso de la juventud del inmortal autor del *Fausto*.

Aprendía el poeta lecciones de baile en Estrasburgo, en casa de un profesor que tenía dos hijas jóvenes muy bellas. Enamorado de una de ellas, le declaró su pasión, pero la doncella, confesándole que estaba prometida a otro, le suplicó que abandonara aquella casa, y uniendo la acción al ruego, le acompañó hasta la puerta, donde le dió un tierno beso de adiós. Pero la hermana mayor, que estaba enamorada secretamente de Goethe, sorprendió el idilio, hizo una violenta escena de celos a la menor, y cogiendo entre sus manos la cabeza del estudiante bailarín, le besó muchas veces en la boca, exclamando furiosa al acabar:

—Ahora, teme mi maldición. ¡Desventura tras desventura caigan sobre la primera mujer que después de mí bese esos labios! Sé que el Cielo no desoír mi voto. Y vos, señor, huid, huid-lo más presto que podáis.

¿Podrá creerse? Pues es cierto; desde que la muchacha apasionada hubo maldito y consagrado sus labios, Goethe se abstuvo de besar a otra mujer, temeroso de atraerle alguna desdicha.

Por fin se enamoró de una señorita, Federica, pero acordándose de la maldición, resistió mucho tiempo la tentación de besarla, hasta que decidido a arrojar de su mente toda idea supersticiosa e hipocondriaca, besó poco a poco, aunque no sin miedo, a su Dulcinea, y conforme fué notando la eficacia de la maldición, aumentó las dosis y los dió con más frecuencia...

E. González Fiol

MUSA CASTELLANA

DESPOSORIOS

I

Ríe la noche del amor con una
 irradiación de rosas en el cielo,
 y aparece la novia bajo el velo
 como envuelta en un rayo de la luna.

Bello el mundo, propicia la fortuna,
 la ambición juvenil abriendo el vuelo,
 sus corazones trenza el dulce anhelo
 de una dicha más fuerte que ninguna.

De la alta noche en el regazo blando
 triunfa el amor, a un tiempo esclavo y dueño,
 señor del mundo, de invencible mando;

y sus almas, que el mundo hallan pequeño,
 van, al claro de luna cabalgando,
 hacia el país lejano del Ensueño.

II

Con su fresca canción de primavera
 abre el amanecer sus miradores,
 y en el jardín, plétórico de flores,
 se esfuma con la noche la quimera...

El alba besa en la nupcial vidriera
 que esconde el camarín de los amores,
 donde un hada de labios reidores
 le dice al día que amanece: «¡Espera...!»

Huyóse con la noche el ruiseñor
 que hubo de ser el inmortal cantor
 del jardín de Verona enamorado...

¡Y se escucha cantar con alegría
 a la alondra, anunciando el nuevo día
 en los cristales del balcón cerrado!

J. Ortiz de Pinedo

NOTAS POETICAS

MIS DESEOS

A una española

Quisiera yo tener la galanura
de Rueda, de Lugones, de Darío,
para poder cantarle a tu desvío
después de haber cantado tu hermosura.

Mi pecho ya rebosa de amargura;
y aunque tu corazón rechace al mío,
sigo soñando «en loco desvarío»
vencer a tu desdén con mi ternura.

Todo a mi corazón habla de amores,
al llegar la bendita primavera.
Quisiera en versos transformar las flores,
y en el pico de cada golondrina,
mandarte un verso-flor que le rindiera
homenaje, a tu gracia peregrina.

DEL ENSUEÑO

Para mi amigo y compatriota Paco López

Soñé que era uno de esos bellos pájaros-mosca
que cruzan los jardines libando en cada flor;
y que en carmíneos labios de mujeres hermosas,
iba libando el néctar divino del amor.

Volaba por los campos en busca de bellezas
rústicas, que sabían a gardenias y a miel,
a tomillo y romero, a sabia y mejorana,
a heliotropo, violeta, jazmín, rosa y clavel.

Volaba por las urbes, tras divinas hetairas
que mantienen el culto de Venus Afrodita;
y en sus labios pintados, libaba afrodisiacas
esencias, que sabían a menta piperita.

Volaba por los montes y luego por los valles;
volaba por la tierra, volaba sobre el mar,
y después de que había libado en todas partes,
descansaba algún tiempo... y volvía a empezar.

José Tomás y Masbou

DEL AMBIENTE

INFLUENCIAS EXTRAÑAS

La historia nos enseña las vicisitudes y grandezas por que han atravesado los pueblos: nos sirve en la mayoría de los casos para establecer conclusiones de los distintos regímenes que nos gobiernan, encontrando siempre puntos de contacto entre las antiguas civilizaciones y las civilizaciones que corremos: por ella vemos a qué se debió la desaparición de una raza, de un estado o de una lengua, y entre otras muchas cosas aprendemos, la idiosincracia de los habitantes de las naciones que han sido; la influencia que ejercieron en ellos la asimilación en el lenguaje y las costumbres de otras razas; las luchas que han tenido que sostener los pueblos que subsisten para conservar su independencia, y no ser víctimas de las asechanzas y ambiciones de quien ansiaba absorberlos; pero más que nada resalta, que en todos los países que han tenido una lengua común, arte, ciencias y literatura propios, no sólo han prosperado progresivamente sino que se han impuesto en los casos de mayor penuria; al contrario de los países en que despreciando lo propio, sus naturales, han copiado lo extraño haciendo causa común con lo venido de afuera, sea bueno o malo, denigrándose de consuno, hasta convertirse en tributarios inconscientes de otros países.

Pero sin recurrir a la historia, concretándonos exclusivamente al medio ambiente en que nos desenvolvemos, encontramos un adormecimiento en todos los órdenes, no ya de la vida intelectual, sino que también en la vida ordinaria, bastante para desorientar al más experto sociólogo; el cual adormecimiento no puede ser producido sino artificialmente; producido por causas morbosas, o mejor, por un apartamiento absoluto del punto de origen de los varios problemas que encarnan el no menos importante de la evolu-

ción, que al seguirse sin un método fijo, todas las energías que se despliegan, han de estrellarse contra la aridez del campo experimental elegido de condiciones opuestas a las requeridas.

Hemos dado en no torturarnos para encontrar la solución de un problema que nos atañe directamente, encomendando su solución al primer autor, no importa de qué escuela, ni de qué procedencia, que se nos venga a las manos, y, sin tener tampoco en cuenta que las conclusiones a que llegara el autor, estaban basadas o inspiradas en costumbres de pueblos, en que sus habitantes eran o son también de distinta idiosincracia.

Así, tenemos que, las leyes que nos rigen, en su mayoría son ineficaces o de difícil aplicación, pues que el legislador antes de tener en cuenta las necesidades, carácter y costumbres de los a quienes han de aplicarse, se inspiró en leyes que en otros países se dictaron tendientes a la consecución de un fin parecido, como acontece con la de bancos, que ya estamos sintiendo sus nefastas consecuencias, y que de no corregirse ha de dar al traste no ya con la riqueza del país, sino con la paciencia bien probada de sus hijos, que soportan con un estoicismo sin precedentes, las prácticas más que odiosas, de expoliación de esos mismos bancos.

En el campo de la literatura, de vez en vez, muy tarde, vemos brotar alguna que otra flor que apenas si nos detenemos a contemplar, achacándole casi siempre defectos de aroma, de sabia y hasta de colorido, aunque realmente veamos que reúne cualidades bastantes para ensimismarnos, aspirando el perfume que emana; y siguiendo ese espíritu que domina en todos los pueblos decadentes, prestamos nuestra más decidida ayuda a los autores extranjeros, que por intermedio de esa legión de librereros sin escrú-

pulos que aquí hay, han venido a formar así como una parte integrante de nuestra vida intelectual, y que cuando más, traen las miserias recogidas en el cieno de las grandes urbes europeas, que poco a poco nos hemos asimilado y transmitido a todas las clases de la sociedad

El intelectual, el pensador, el que entregado a escudriñar entre alguno de los ramos de las ciencias, cuando acierta a hacer algún descubrimiento, en vez de darlo a la publicidad, se abstiene, porque sabe que su trabajo, sus enseñanzas o sus descubrimientos han de caer en el vacío, o han de merecer un desprecio absoluto de esa legión de *sabihondos* entregados a la molición, y que aquí como en todas partes son el azote a la cultura, y al desenvolvimiento sin garrulerías, y hasta hay, quien con un conocimiento profundo del papel que le toca en el concierto de los hombres conscientes, acude a otros países a exponer sus ideas, que son acogidas más que con júbilo, con cariño, por condensar principios qué tomar en cuenta.

Habrà quien crea esto reñido con el concepto anterior, de vivir adormecidos en todos los órdenes, y en verdad que no lo está, si se entiende que son casos aislados, que nunca pueden formar precedente al tratar la cuestión bajo un aspecto general.

Tenemos, de consiguiente, hombres que con un poco de buena voluntad, y hasta cierto punto, prescindiendo de un mal entendido amor propio, capaces de despertar a la mayoría del aletargamiento en que se halla sumida, señalándola rumbos fijos, y, haciéndola apta para la lucha cruenta que habría de acometer hasta ver conseguido el ideal de resurgimiento a que tienen derecho los pueblos libres.

La revolución desde abajo no puede hacerse en países donde sus componentes no tienen un concepto exacto de la Patria, donde al concepto de nacionalidad no se le ha dado la importancia, el sentido que tiene: en que sus componentes, sienten por do-

quiera una presión extraña, intelectual, científica, industrial y comercial: en que sus componentes, pese a los charlatanes, no tienen afinidades religiosas o no tienen religión, pues, que los encargados de difundirla han sumido a sus prosélitos en un mar de confusiones, por falta de preparación, o por una descarada tendencia al lucro fácil y miserable; bajo este aspecto la revolución ha de hacerse desde arriba, imprimiendo rumbos, señalando con el más recto criterio la senda que conduce al bienestar, y a la solidificación de un pueblo no apto para afrontar las consecuencias de su incuria, que no puede ser responsable, y que más bien en el momento propicio, estaría de hecho facultado para exigir cuentas.

Y si la revolución desde arriba no se hiciera, ¿esos contados hombres de buena fé, de ideas definidas, no serían bastante, aunque fuera deponiendo rencillas pasajeras, para desde la tribuna, desde la prensa, y desde donde lícitamente fuera posible hacer el milagro, que conduce a los pueblos a un bienestar que perdure?

Cuando se obra inspirado en causas justas, hay medios sobrados para esparcir la semilla de las ideas redentoras; para alejar, o preparar a desterrar todo cuanto de nocivo exista, y para poner un dique a las corrientes que no convengan a la libre expansión en el orden que sea, pero también hace falta voluntades férreas que no se dobleguen ante imposiciones de advenedizos, ni se arredren ante amenazas de los que viven sumiendo en la ignorancia a los que a su costa se elevaron, y a sí solos se han endiosado: voluntades que obren con la independencia y valentía de las almas fuertes.

Hace falta, en fin, quién sea capaz de señalar y de imponer el punto de origen de la raza, para alejar las influencias extrañas de que somos pasivas víctimas, en evitación de que en día no muy lejano, quizá tengamos que sufrir imposiciones bochornosas.

LA ZOOLOGIA Y LA GUERRA

Para el estudio del arte y de la ciencia militar conviene ir tomando nota de cómo los ejércitos emplean los animales en esta descomunal contienda.

VACAS INDICADORAS.—En los muros que hay en las carreteras enclavadas entre los ríos Oise y Somme se observaron unas vacas, toscamente pintadas con carbón, y que indicaban varias cosas, según la manera de estar trazadas. Véase la clase:

Vaca pequeña.—Camino poco guardado por el enemigo.

Vaca de tamaño regular.—Enemigo próximo.

Vaca grande. Grandes obras de defensa en las cercanías.

Dirección en que miraba la vaca.—Lugar de peligro.

Vaca con grandes ubres.—El enemigo tiene víveres abundantes.

Vaca con ubres flácidas.—El enemigo está hambriento.

Vaca echada.—Enemigo cansado.

Vaca despitonada.—Enemigo escaso de municiones.

Vaca sin rabo.—Pocas fuerzas en la retaguardia del enemigo.

Vaca con un ojo muy grande.—¡Mucha pestaña!

Vaca sin hueso.—A dos pesetas 50 céntimos.

PÚLPLOS SANITARIOS.—El pulpo es un animal *cuadrúpedo*, pero de ocho patas, y marino. En las ambulancias sanitarias y en los hospitales se le emplea con gran resultado en la aplicación de ventosas. Antiguamente, los ejércitos llevaban ocho por compañía.

RAYA.—Pez; animal también *cuadrúpedo*, sin más patas que sus aletas; sumamente plano, lo cual le permite vivir en los mares menos profundos y ser comido en las habitaciones más bajas de techo. Con él se rayan las piezas de artillería por dentro y las telas de rayadillo por fuera. En caso de no tener peine, cosa frecuente en campaña, los soldados pueden separarse los cabellos con este pescado.

MONO.—*Cuadrúpedo* de cuatro manos, mucho más perfecto que el hombre, puesto que él, solo, puede tocar al piano una pieza a cuatro manos, y a máquina escribe una carta en la mitad de tiempo que una persona; por eso se le emplea como mecanógrafo en algunos ejércitos.

JIRAFAS.—El macho de esta clase de paquidermos se llama *jirafa*. Las fieras más terribles no pueden con él, pues se defiende admirablemente echando a correr. Su larguísimo cuello los hace aptos para postes telegráficos ambulantes en compañía; los alambres van colocados entre dos pequeños cuernecillos de que su cabeza está provista, y cuando ha de trasladarse la línea telegráfica, en un avance o en una retirada, no hay más que decir: «Arre».

ARAÑA.—Las hay de muchas clases: hasta de bronce y cristal. El sabio alemán Keten Plumen acaba de descubrir otra especie, que puede ser muy útil para remendar las prendas de uniforme en la guerra: la *arácnides filásticos zurcidoris*; no solamente fabrica hilos, sino que, colocada sobre un desgarrón, lo repara como pudiera hacerlo la mejor zurcidora.

OVEJA.—Los ejércitos rusos llevan consigo grandes rebaños de ovejas, casi tantas blancas como negras. Las blancas son de la Siberia, y producen exquisita leche; las negras proceden de las costas del mar Negro, y dan café.

COLUMBUS DAGUERREOTIPICUS.—Esta especie de paloma, con su pequeña máquina fotográfica colgada del cuello, se encuentra hoy al servicio de los ejércitos combatientes. El animalito remonta el vuelo hacia donde le indica el personal del Estado Mayor, y en llegando allá saca una instantánea. Su pareja, la hembra, se encarga de revelar, fijar y demás operaciones.

Hay otra especie más perfeccionada, según hemos visto en un semanario

ilustrado, especie en que el macho sale a operar solo: él solito saca la instantánea, él se la revela, él se la fija y él se lo hace todo. De aquí que a esta especie se le llame *Joanem Columbus*, o sea *Juan Palomo*.

CABALLO.—Tiene muchas variedades, todas ellas aplicables a la guerra: a) Caballo inglés; se diferencia del alemán en que lleva los cascos en las extremidades, en vez de llevarlos en la cabeza. b) Caballo cosaco; acude, corre, vuela, traspasa la alta sierra, ocupa el llano, lava y plancha la ropa de su dueño y le pica el tabaco para la pipa; por su pequeña alzada y por el sínfin de diabluras que hace, se le llama vulgarmente *caballito del diablo*. c) Caballo andaluz; se le distingue por sus hechuras y andares y, sobre todo, por el ceceo.

TOPO.—Las trincheras pueden fácilmente comunicarse entre sí por medio de líneas telefónicas enterradas, si se dispone de algunos de estos animalitos. Dentro de un agujero, abierto en el paramento vertical de una trinchera y en dirección de la inmediata, se coloca un topo, con el extremo del cable telefónico atado a una pata; el pequeño trépano viviente se encarga de lo demás. El topo también presta excelentes servicios en el levantamiento de planos topográficos.

LUCIÉRNAGA.—Gusano de luz sin impuesto del Tesoro. Se alimenta de fósforos y trozos de bombilla. Colocando uno en el punto de mira del cañón de 50 metros de largo últimamente fabricado, puede hacerse la puntería durante la noche sin que de ello se percate el enemigo.

PERRO.—*Canis vulgaris*.—El amigo del hombre; él nos proporciona compañía y pulgas en abundancia; busca los heridos en campaña y en febrero busca la sombra. Durante la gran guerra europea, algunos de estos animalitos, impulsados por sus propios instintos humanitarios, se han colgado una lata al cuello y han recorrido las calles de las grandes ciudades extranjeras en demanda de una limosna para los heridos. Al caer una

moneda en la lata, el perro lamía la mano del donante y lanzaba un «guau, guau» que, traducido al lenguaje vulgar, quería decir: «Muchas gracias en nombre de la patria».

Melitón González

DE LA CORTE DE RUSIA

Los bailes de la Corte de Rusia son de una suntuosidad y de un lujo dignos de los cuentos de las *Mil y una noches*. Para un aristócrata de Petrogrado constituye casi una desgracia ver su lujo eclipsado por un extranjero. Es una preocupación de la Corte del Zar.

Preocupación tan arraigada que estuvo no ha mucho a punto de promover un conflicto entre Rusia e Inglaterra.

Una americana, recién casada con un duque inglés, se presentó en un baile del palacio imperial ostentando una triara y un collar de perlas tan espléndidos que ante ellos las joyas de la Zarina parecían sin ningún valor.

El embajador inglés estaba verdaderamente inquieto y alarmado, porque casi se trataba de una grave falta de etiqueta.

Lo chusco del caso viene ahora.

Poco después del incidente, un joyero de París, orgulloso de su hazaña, declaró que aquellas joyas que habían eclipsado las imperiales de Rusia... eran falsas... Las legítimas se las había dejado la americana en Londres— para no ser víctima de un robo, —después de haberlas hecho falsificar por el joyero parisién.

Un papá cultísimo

—Papá, dice el profesor que los castores son muy industriosos. ¿Qué hacen los castores?

—¡Qué han de hacer, hijo mío! ¡Sombreros! ¿No has oído nunca hablar de los sombreros de castor?

EL TAMESIS GLORIOSO

Ya desde las riberas del Kew Gardens, remontando su curso, el Támesis tiene el encanto de los ríos legendarios, que en otro tiempo se representaban en los blasones ciudadanos como viejos dioses apoyados en un ánfora o recostados en la peña, de que brotaba un claro manantial, y con la faz ornada por una inmensa y blanca barba que intentaba copiar las espumas fluviales. Como las lejanías, hasta en los días claros, hácese aquí borrosas y desvaídas, el paisaje de todos los rincones y meandros tiene un último término de ensueño. Los cipreses parecen abilarse en la cumbre de las colinas remotas; el agua de la corriente mansa espejea y apenas riza las imágenes invertidas de las arboledas cercanas, de las torrecillas, de los tejados de pizarra, de los mástiles con banderolas, y las frondas de los sauces caen como cabelleras, y las masas de castaños, de olmos, de álamos negros, forman un mismo fondo, con todas las gradaciones del verde, sobre las verdes praderas que parecen arrancar en suave declive del fondo del mismo río.

En este escenario encantador pasan unas semanas los aristócratas ingleses. Y no sólo en los hoteles y en las quintas ocultas entre las umbrías o asomadas al borde del agua, sino en barcos que tienen algo de yates y algo de hoteles, que son como cajas de cristal y al mismo tiempo como enormes cestas de flores. Palacios flotantes anclados en los rincones propicios, donde el agua es más clara y el paisaje más bello. Bajeros en que no hay trepidación de motores ni humo de otras chimeneas que las de la cocina, donde el «maitre d'hotel» actúa de oficial de cuarto.

Todos estos navíos de placer tienen una terraza llena de flores gayas, protegida por toldos de lona, donde las damiselas, vestidas de colores claros o simplemente ataviadas con un jersey, para remar después, toman el te, o

tocan el piano, o leen. A los cuatro vientos se abren los miradores. De un barco a otro se tienden pasarelas, por donde las amigas se visitan. Y en el remate de los palos que sostienen los toldos aletean al viento las flamulas, como ilusorios pájaros tropicales y cautivos.

Alrededor de esta ciudad flotante y efímera, que sólo dura lo que duran los días de sol, un enjambre de esquifes, de yolas, de botes, de barquichuelos de todo género van y vienen incessantemente. Unos son alargados y afilados, con la proa y la popa alzadas, como las piraguas indias; otros rematan en espiral, al modo de las góndolas venecianas, como mástiles de violoncellos; otros son anchos y planos, y dejan flotar sobre el agua el terciopelo de un cojín sobre el que reposa una silueta femenina con un libro en la mano. Los herrajes son dorados o niquelados; las maderas, finas y pulimentadas. Una hada previsora parece cuidarse de ahuyentar de estos parajes las cosas feas.

Apenas comienza el crepúsculo, enciéñese bajo las blancas lonas de los toldos los arcos voltaicos. Su luz violeta se difunde dulcemente en el claror postrero del día, y chispea en la argentería y en la cristalería de las vajillas, sobre los blancos manteles. Vestidas como para un salón, las mujeres se sientan en sillones de mimbre. Y sobre el fondo campestre de la decoración, los fraques y las camisas brillantes de los hombres son de una elegancia ceremoniosa. Y el agua del río parece aquietarse más, detenerse perezosamente, resistirse a seguir su camino hacia Londres, como si presintiera la grasa de las máquinas y de las grúas, el carbón de los remolcadores, el horror de los docks, donde a esa hora estarán acabando su tarea las multitudes miserables...

Juan Pujol

SAN JOSÉ DE COSTA RICA

PANDEMÓNIUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

DIRECTOR: FRANCISCO LÓPEZ DE LA HOZ

AÑO X

30 DE ENERO DE 1915

NÚM. 127

PLAGA NACIONAL



Dejamos a juicio del lector la interpretación de este grabado,
porque hay cosas que no pueden decirse.

* * * CARTAS SIN DESTINATARIO * * *

En mi última me quedó mucho por decirte. No terminé de exponerte todas las BARBARIDADES que me había sugerido la situación económica. Quiero hoy echar el resto aunque solo consiga afirmarte en el concepto de bárbaro en que supongo me tienes. Empezaré por decirte que es muy bueno respetar las leyes, vivir la vida de la legalidad, sé que con su respeto se infunde principios de derecho, de razón, de ética, pero cuando las leyes existentes no son bastantes para condicionar todas las necesidades de la vida, cuando a su contenido faltan condiciones que regulen nuevas necesidades, es ineludible cuando de necesidades de la comunidad se trata, buscar medios de satisfacerlas, es decir *echar por el atajo* aunque se quebranten los derechos que bien pueden ser intereses de unos pocos. No creo, no puedo creer en derechos absolutos, como absolutos, no veo más derechos que aquellos que ponen en todos el deber de respetar la vida humana. Todas las facultades que dan las leyes deben ser limitadas por necesidades sociales, nada de exagerados individualismos, nada de intereses consagrados. Hoy mismo, hace un rato otro amigo, me decía:—parece mentira que usted hable así de las leyes, de los estatutos.—Estábamos en una sesión ordinaria de una Institución Benéfica; y a mi amigo le contesté, y sirva la contestación para tí también que para mí las leyes no son tales cuando a su contenido le falta la justicia: Leyes y Códigos nos darán la norma de la legalidad, esa categoría de verdad, (como si en la Verdad cupieran categorías) que llaman los abogados legal, pero no siempre nos darán la pauta de la Justicia. Y la Justicia que es eterna como Dios, debe estar por encima de las transitorias regulaciones de los hombres.

Dicen, que las ideas se engarzan. (*Los técnicos dicen asociación de ideas*), ello es cierto, recuerdo ahora, en este

momento en que dirás que juego a las ideas, aquella carta en la que me describías el despertar que tuvistes tu primera mañana de casado. Transcribo. «Amigo Juan, roto el misterio, esfumadas las nieblas AZULES con que la pasión envuelve a la mujer amada, frente a frente a la realidad ¡qué cambio más profundo se opera en nosotros! ya no hay nada de AQUELLO que en las horas de insomnio construimos. Todo se desvanece. Es cierto que cuando se ha querido de verdad el cariño no muere, pero sí cambia de base de unos cimientos de quimeras, pasa a unos de verdad, fin último de las cosas. El misterio es bueno como anzuelo, pero no trates nunca de romperlo si quieres que las cosas conserven su encanto». Algo así me sucede a mí con ese mundo de la legalidad, de las ficciones diría yo, que a medida que mejor lo conozco, a medida que más lo desentraño, menos respeto me inspira al ver las muchas mentiras e injusticias que forma su contenido.

Quando yo decía: traduzca en actos sus facultades, cristalícelas en hechos concretos, aunque se lesione el DERECHO discutible de unos pocos, miro a la realidad sin que me importe ni me suponga nada eso de leyes y menos eso de derechos adquiridos. Para mí desenvolverse en un ambiente de realidades en política, es un postulado que debe seguir cualquier político por mínimo que sea. No creas que por político entiendo yo el de oficio, no, debes tener en cuenta que para mí la política es una técnica, la técnica de la solidaridad humana desenvolviéndose en un círculo social más o menos amplio, la amplitud no importa para el caso. Y no se te olvide que esta política, que ésta técnica, su orientación no es ni establecer ensueños ni respetar intereses, sino ir ya rápida o gradualmente depurando realidades. No tengo más espacio hasta mi próxima.

Juan de Maro

EL OUDIO FRANCO-GERMANO



El restaurant y el *buffet* del gran hotel de Icar Borough, destrozado por la metralla alemana

En los primeros días de la actual | de Rusia y Federico Guillermo III,
contienda ruso-alemana, sonó el nom- | de Prusia.

bre de Tilsit
histórica ciu-
dad prusiana,
como ocupada
por las tropas
del Zar. La
mayor parte
de los comen-
taristas de la
presente ca-
tástrofe euro-
pea, pasaron
en silencio el
nombre de
Tilsit y sola-
mente algu-
nos dedicaron
una rápida
afusión a las
célebres con-
ferencias allí



Perros belgas amaestrados, conduciendo
una ametralladora a través de las dunas

celebradas, entre el primero de los |
Bonapartes, el Emperador Alejandro |

humillaciones y desdenes afrentosos,
por parte de Napoleón.

Y a fe que
Tilsit merece
un recuerdo.
Quizá, como
llevo dicho en
otra parte, ha-
yá sido lacuna
del odio in-
cabable entre
galos y ger-
manos, el sitio
donde se ma-
nifestó, no
latente, sino
vivo y pujante.
En Tilsit
sufrió Prusia,
en la persona
de su desgra-
ciado Rey,
toda suerte de

Y a fe que el recuerdo era fácil a todos. Con haber hecho lo que yo (enemigo de engalanarme con inspira-

separarlos de los suyos, Napoleón le dice: «Pero decidme, *Sire*, ¿que razón puede impulsaros a tomar el



Reservistas alemanes cruzando las calles de Berlín para incorporarse a sus regimientos.



Cura de un soldado herido, por el servicio sanitario militar inglés.

ciones ajenas) confieso haber hecho, se habría salido del paso muy gallardamente: hojear el libro *Quarante-cinq années de Ma Vie (1770 - 1815) de Louise de Prusse, Princesse Antoine Radziwill*. Quien quiera conocer todos los detalles de aquellas famosas entrevistas, hojee el libro. Yo sólo pienso hacer un extracto de sus referencias.

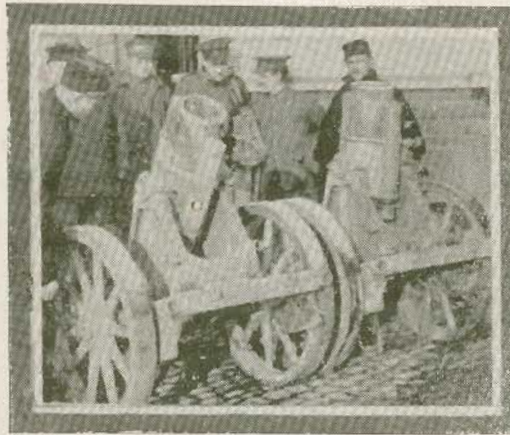
Vayan, pues, los fragmentos más salientes de los *souvenirs* citados.

Habiendo Alejandro defendido los intereses de su aliado, y no queriendo

partido de *ese* Rey y de *esa* Prusia?»

Elegida Tilsit, ciudad neutral, como lugar de las conferencias, Alejandro consigue que Napoleón acuda a tratar durante ellas, con Federico en persona. Solamente en dos pabellones de los destinados a los tres monarcas, se ven las iniciales N y A. La cifra F, omitida, probaba que el Rey de Prusia no era nadie para semejante atención.

En la primera conferencia todas las miradas de Bonaparte fueron para el Emperador, y al Rey de Prusia se le tra-



Morteros alemanes con que fueron bombardeados Ypres y Nieuport y abandonados por los alemanes

tó con la más grande insignificancia (textual). Al separarse el corso, invitó a comer al ruso, sin extender su invitación al prusiano que acababa de oírlo. Este presenta al Emperador francés varios generales. Napoleón dice una palabra a uno de ellos, y se marcha sin presentarle al príncipe de Murat y a los generales de su séquito.

Arreglado el armisticio, y en verdad, como el Rey lo había pedido, se invitó también a Federico a comer en Tilsit. Antes de empezar la comida, Napoleón le pide noticias de la Reina y de su

bién ella la suya». El Rey replicó: «No es la Reina quien ha ofendido a Vuestra Majestad».

Las comidas y las entrevistas se suceden. Napoleón guarda siempre, frente al Rey, un silencio absoluto sobre sus propósitos y sus intenciones.

Federico Guillermo, a quien se ha hecho creer que su reserva, causada por su timidez, era interpretada por Napoleón como

confianza y animosidad, muy desagradables, intenta hablar de proyectos de paz y de las bases sobre que



El mortero de 207 mm. francés empleado con éxito asombroso en los ataques a los alemanes en los Vosgos



El rey de Inglaterra, acariciando a su caballo favorito, después de visitar las avanzadas de su ejército en Francia.



Soldado inglés ayudando a una anciana francesa a sacar un cubo de agua, de un pozo.

hijo enfermo y añade: «Yo sé que la Reina me odia, mas espero que cuando nosotros hagamos la paz, haga tam-

quisiera asentarla. Sólo logra respuestas evasivas como esta: «En cuanto a Polonia, será preciso darle

un Rey que no haga sombra a Austria ni a Rusia».

Napoleón por su parte, en las comi-

Federico para que llame a su esposa. La Reina parte hacia Tilsit.

Entretanto el escrito conteniendo



Dragones franceses pasando por una aldea, en las líneas de comunicaciones.



Un alto de la caballería francesa para preparar su comida, al lado de una carretera.

das, sólo habla allí de cosas ajenas al motivo de las entrevistas y hace preguntas tan embarazosas como éstas: «¿Cuánto os reporta el impuesto sobre el azúcar? ¿Cuánta piel vendéis al año? ¿Perdéis o ganáis en tal o cual artículo de administración?» Al Rey de Prusia, ni una palabra.

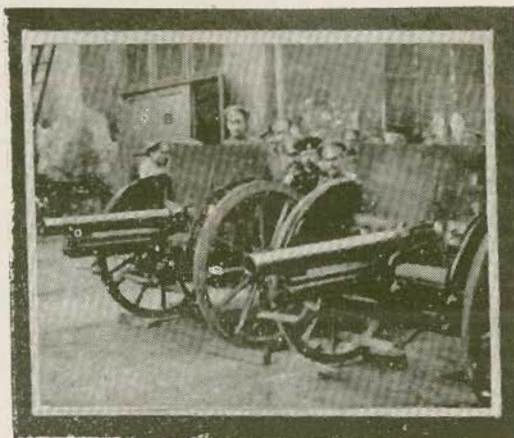
Todo el mundo, en la creencia de que la afabilidad, la dulzura y la gracia de la Reina prusiana lograrían más que los diplomáticos, y de que su presencia era grata a Napoleón, convence a

las ideas de Napoleón respecto a las bases para la paz se ha dado a conocer:

las proposiciones son espantosas. Se trata de que Prusia pierda las provincias del otro lado del Weser y del Elba, la vieja Marca, la Silesia y la Prusia meridional, para aumentar los Estados del Rey de Sajonia, con aquellos despojos.

Rusia empieza a ceder en su interés por Prusia. El de-

seo de paz gana terreno en aquella nación, que, además—dice la autora del libro que estoy extractando—está



Cañones capturados a los alemanes expuestos en la ciudad de Moscou

más encantada aún, con el fin de su coalición con Prusia.

La Reina de Prusia está ya frente a Napoleón I. Se le había indicado los puntos que debía tratar en su entrevista.

El diálogo empezó así:

—Sire, sé que me habeis acusado de mezclarme en política...

—¡Ah! Señora, no lo creais...

—No, Sire; yo soy esposa y madre, y con estos títulos os recomiendo la suerte de Prusia, país al que tantos lazos me unen y del que hemos reci-

guna otra; la orilla izquierda del Elba que Su Majestad Imperial se le lleva en las primeras proposiciones. Yo

apelo, pues, a vuestro corazón generoso, y de él espero, de él pido gracia.

—Vos, estaréis encantada, Señora, de volver a veros en Berlín.

—Sí, Sire, pero no en esas condiciones. Depende de Su Majestad Imperial hacernos volver sin dolor y que le debamos nuestra adhesión

y nuestro reconocimiento.

—Señora, yo me consideraría, cier-



Perros belgas amaestrados conduciendo una ametralladora a través de las dunas



Soldados de infantería alemana observando los movimientos del enemigo.



Oficiales alemanes observando los movimientos de las fuerzas aliadas desde lo alto de una colina.

vido tantas y tan conmovedoras pruebas de adhesión. El Rey ama la provincia de Magdeburgo más que a nin-

tamente, muy feliz... Llevais un vestido soberbio. ¿Dónde os lo han hecho?

— En nuestra casa.



Mr. Poincaré, presidente de la república de Francia, en el acto de condecorar al general Joffre



La gran duquesa Olga, hija del Zar



Encuentro inesperado por los soldados del Kaiser, quienes fueron cogidos en una trampa por los ingleses, en Flandes



Un grupo de paisanos rusos enrollando vendas destinadas a los hospitales ambulantes de la Cruz Roja



La gran duquesa Maria, hija del Zar



Escenas dolorosas que con harta frecuencia se suceden en la inhumana guerra europea

—¿En Breslau? ¿En Berlín? ¿Se fabrica el crespón en vuestros talleres?

—No, *Sire...* Pero Vuestra Majes-

su sonrisa que presagiaba su éxito, cuando la entrada del Rey interrumpió el diálogo.



Niños belgas huérfanos de la guerra refugiados en San Sebastián (España).



Un soldado del ejército alemán, alojado en una aldea de Flandes compartiendo su comida con un niño abandonado.

tad no me dice una palabra consoladora de los intereses que ocupa mi corazón en este momento, en que yo espero obtener de ella una existencia más feliz para todo lo que me es más querido. El corazón de Vuestra Majestad Imperial es demasiado noble; ella une a sus grandes cualidades un gran carácter para ser sensible a mis penas.

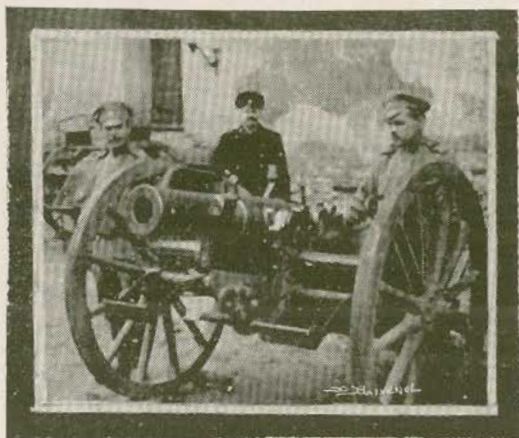
Napoleón la escuchaba con interés. La Reina veía en la expresión de su fisonomía algo de ternura, un rasgo de bondad en su boca y en

Cuando después vió al Emperador de Rusia, le dijo: *El Rey de Prusia ha llegado muy oportunamente.*

Si llega a tardar un cuarto de hora más, yo hubiese prometido a la Reina todo lo que hubiera querido...

Pero la Reina que sólo atenciones muy delicadas recibía de Napoleón, halagada por la buena acogida, fué indiscreta; en vez de hablar como esposa y como madre,

comenzó a explicar en qué se basaban las aspiraciones del Rey su esposo. Tales provincias eran necesa-



Uno de los cañones de gran calibre capturado por los rusos a los alemanes en Krenku

rias por razones comerciales; tales otras por abastecer a Berlín. Y se perdió.

Napoleón eludió toda respuesta, y hasta se permitió una ironía tremenda que parecía un estupendo cumplido: *Señora, se me había dicho que os mezclábais en política, y después de lo que os he oído, lamento que no sea así...*

A este cumplido siguió esta frase dicha a Alejandro de Rusia: «Esta Reina de Prusia es una mujer encantadora. Su alma responde a su cara. Palabra de honor: en lugar de quitarle una corona dan ganas de poner una a sus pies».

Ambos cumplidos corrieron de boca en boca y presagiaron un resultado feliz a las con- crencias.

Desgraciadamente, los augurios min- tieron. Las condiciones más humillan- tes fueron enviadas al Rey: la pérdida del país situado entre el Elba y el Weser, de la ribera izquierda del Elba, de las provincias de Sajonia, de la Sile- sia y de todas las adquiridas por el reparto de Polonia; no se le dejaba a Federico más que la mitad de su reino.

Después de hacer concebir tan buenas esperanzas, el golpe era más rudo y espantoso.

La entrevista si- guiente fué tem- pestuosa. El Rey no pudo ocultar su indignación. Ale- jandro intentó en vano calmar los es-

píritus. Napoleón contuvo a duras penas su cólera.

En el momento de partir, la Reina



La torre del faro de Scarborough taladrada por una granada alemana



Un soldado herido acompañado por un compañero suyo en el Norte de Francia.



Dama berlinesa, distribuyendo cigarros a los reservistas que marchan a la guerra.



Cuarto del gran hotel Icar Borough, ocupado por huéspedes veinte minutos antes de ser bombardeado por los alemanes, y que lograron salvarse milagrosamente

dijo a Bonaparte: *Sire*, ya os he expresado mi dolor.

—Creed, Señora, que haré cuanto pueda para probaros el interés y la estimación que me habéis inspirado.

—*Sire*, todo depende de vos. Nuestra felicidad está en vuestras manos.

Napoleón le dijo adiós y ya no volvieron a verse.

Dos notas curiosas para concluir este extracto:

Desde que el Emperador Alejandro se estableció en Tilsit, Napoleón le dijo: *Vendré a tomar el te con vos*. Todo estuvo listo. Alejandro sirvió el te, pero la taza de Napoleón continuó intacta sobre la mesa. Al día siguiente, lo mis-



El príncipe Alexis Nicolaiewich, hijo del Zar de Rusia

mo. Al tercero, Alejandro preguntó a Bonaparte si quería te: «Sí, dentro de una hora. Más tarde—respondió. —No me gusta el te caliente».

Como el Rey de Prusia pidiese que a su representante para tratar de la paz, se le permitiese algunas negociaciones, Napoleón que se impacientaba con las dilaciones, le miró un rato y le dijo con amarga sonrisa: *Negociad si queréis, negociad dos años; yo no cambiaré por eso una sola palabra*.

El árbol del odio franco-germano estaba plantado en Tilsit.

Lo demás era cuestión de tiempo.

E. González Fiol

ESTIMULOS DEL PROGRESO

Esmeradamente impreso, y de un gusto artístico exquisito como no tenemos noticia en la América Central, hemos recibido la revista mensual ilustrada *Actualidades* que en el año actual ha aparecido por vez primera en la república hermana de El Salvador.

Tendría para nosotros una importancia relativa este nuevo componente del progreso, si su aparición se debiera a elementos consagrados al periodismo, o a iniciativas particulares, pero nos ha sorprendido, como no puede menos de sorprender a todo el que sienta con vehemencia por el pueblo que le vió nacer, que, «mediante el apoyo eficaz y decidido» del primer mandatario

de aquella floreciente república, se tienda a «estimular todo esfuerzo que tenga por norte una idea superior», cual es la difusión por intermedio de la prensa, de cuanto más noble y grande encierran los pueblos y las razas; las concepciones del estadista, y los sublimes esfuerzos de los componentes de esos mismos pueblos.

Y es, que nadie mejor que los directores de los Estados han de saber que, «el diámetro de la prensa es el mismo

diámetro de la civilización», y que «confirmar y garantizar los derechos y las obligaciones sociales, dirigirlos verdaderamente a un fin útil, hacer que se use de ellos con general provecho, es el primer paso hacia el pro-

greso; trabajar para que las inteligencias, las capacidades, el saber, las riquezas, la condición material y moral de las personas estén a un mismo nivel con las instituciones sociales es el segundo», y que siguiendo estos sencillos preceptos, no sólo se captan el cariño y las simpatías de sus gobernados, sino el aprecio y respeto de todos los hombres amantes de la cultura, en cuyas almas aliente el deseo de un mayor perfeccio-



DOCTOR ALFONSO QUIÑONES MOLINA,
Presidente de la República de El Salvador

namiento en todos los órdenes de la vida.

No es que pretendamos, con esto, que se vea nuestro interés en adular, es, que sencillamente, aunque humildes, las grandes iniciativas y los apoyos francos y decididos por todo lo que es noble, de parte de quien puede señalar rumbos, merece más que nuestra aquiescencia, nuestra más profunda admiración. Largos años de vida próspera deseamos a la nueva revista.

PAGINAS FEMENINAS

EL ZAPATO AMERICANO

Muchas veces hemos oído afirmar que se puede juzgar a las personas mirando y estudiando su pie, y hay quien

cree que no existe una mujer fea con pie bonito. Se ven casos que certifican lo contrario de esta creencia; pero es indudable que un pie bonito y bien calzado tiene mayores encantos que otras bellezas físicas. También es cierto que por los pies se juzga a la gente, tanto como por el movimiento de las manos. Los que pisan derecho y taconeán un poquito, sin duda alguna tienen carácter firme y temperamento enérgico; los que al andar rozan un pie con el otro, y cuando se paran para esperar el tranvía o saludar a un amigo inclinan los pies hacia afuera, seguramente serán indecisos. Lo mismo sucede con el movimiento de las manos, donde reflejan los grados de inteligencia clara y terminantemente. Por eso las personas observadoras prestan extraordinaria importancia a las extremidades y se preocupan por igual de los guantes que del calzado.

Los zapatos realzan la belleza del pie más que las botas; pero como su uso carece de lógica, cuando se carece de automóvil es preciso adoptar las botas de tafilote o de charol, con tacón recto no excesivamente alto y forma correcta, que no sea demasiado británica y menos americana. El origen de ese calzado torcido con un bodoque en la punta que no es, como se cree, inspirado en un



Elegante traje de paseo, de jerga azul marino

deseo de comodidad o en el amor a lo práctico, sino buenamente un acto de complacencia de cierto zapatero londinense.

Parece ser que una famosa actriz inglesa muy aficionada al *sport* fué víctima de una caída de bicicleta, a consecuencia de la cual le quedó estropeado y deforme un dedo del pie izquierdo.

Para la aplaudida actriz esto significaba una verdadera desgracia, puesto que en las tablas no es posible ocultar defectos de esa naturaleza, y que ya se hubiese retirado de la vida artística si el ingenioso zapatero no hubiera solucionado el conflicto inventando un calzado estrambótico y feo, que llamó americano y consiguió poner de moda, sacrificando los encantos de un pie bonito calzado a la antigua española.

No respondemos de la veracidad de este relato; pero, si no fuese cierto, por lo menos es verosímil y un hecho indiscutible que desde que se usan zapatos americanos ya no es posible juzgar a las personas por los pies, puesto que no se diferencian los de una damita espiritual de los de un hombre más que en el tamaño.

Los regalos pueden clasificarse de diferentes modos: magníficos y modestos, bonitos y feos, útiles e inútiles.

Al pensar en hacer un obsequio a persona de nuestro cariño, debemos buscar algo que le sea agradable y comprenda-

mos que lo necesita o que le va a gustar mucho. Para este caso nada tan a propósito como un sello de ágata y bronce. Sobre la piedra rojiza se graba el escudo, la corona o sencillamente las iniciales.—ROXANA.



La nueva y elegantísima silueta de la moda

* * * * * LA RUEDA DE NORIA * * * * *

I

Allí, allí estaba, casi escondido en el hueco de un portal, alzando de vez en vez la mirada al cerrado balcón, ya que la maldita lluvia, nunca más inoportuna y estúpida, seguía cayendo menuda y desesperante. Aquella tarde, a no ser por tal contratiempo, la nena, Marietina, hubiera pedido permiso a mamá para salir—un encuentro en la calle con las de Pozas, requerimiento ineludible y promesa solemne de visita; tío Ramón, a quien hacía tantos y cuantos días que no veía; la indisposición de Charito, la primita entrañable...; cualquiera pretexto, cualquiera, hasta que la casa había de hundirse—, y quizá aquel moscón, tan simpático como *cobarde*, a pesar de lucir el flamante uniforme de nuestra heroica Infantería, se hubiera lanzado, por fin, a decirle con la boca lo que tantas, tantas veces le había declarado con los ojos.

Pero... ¡aquella lluvia!... ¿Dónde iba ella con aquella estúpida, más que estúpida lluvia?

Tras el balcón, recogiendo ligeramente con su manita de nieve el finísimo *stor*, miraba, fruncidos los labios en un mohín de infantil enojo, el cielo encapotado y plomizo. Hubiera preferido una tormenta—tan miedosa la nena de las tormentas—, con truenos, relámpagos y todo, a aquel lloviznar monótono. La tormenta pasa, sale el sol espejeándose en el agua, y hasta queda una temperatura fresca, más puro el aire y el cielo más limpio. Pero... ¡que si quieres! Aburrída toda la tarde, ¡toda la tarde...!

II

Para el mes en que San Pedro viene tras San Juan, cumplirá Marietina los diez y siete. Era tan linda como revoltosa, reidora y cantarina como un pájaro, dicharachera y ami-

ga de zalemas y mimos. De esta última condición podía dar claro testimonio su coquetona y elegante salita, llena toda ella de mil monerías, de caprichosos y frívolos objetos, solicitados entre besos y caricias a la abuela, cuyas arquitas de secretos recuerdos cedían presto a la amorosa llave de la nieta. ¡Aun el sol mismo que pidiese la niña lo arrancara al espacio la vieja! ¡El demonio de la muñeca...!

¡Y ya era toda una mujer hecha y derecha! Ahí es nada; diez y siete años; diez y siete...! ¿Qué se figuraría la nena que era un año, ni que diez y siete? Para ella, los números, relacionados con la edad de la mujer adquirían un valor extraordinario. No era una niña, ¡qué había de serlo! A ver: uno..., dos..., tres..., cuatro..., cinco..., seis..., siete..., ¡ocho...!, ¡nueve...!, ¡diez...! ¡Uf! ¡Una barbaridad, una barbaridad...! Lo dicho: que era ya una vieja, y una vieja sin novio. ¿Cómo no se le había ocurrido antes pensar seriamente sobre aquello? ¿Dónde están los novios? Un novio; ella quería un novio; pero no como el de Rosita Ofalia, aquel pedante que no reía nunca, que lucía cada día de la semana una corbata distinta—el arco iris en forma de Tenorio—y que siempre que le dirigía la palabra echaba por delante la muletila: «mi incomparable comprometida». Ni mucho menos como aquel otro de Adelina Albuñol; que le daba las grandes tabarras hablando de política, de las monstruosas inmoralidades políticas, y que al final de su grave y sesuda oración decía siempre, a guisa de perorata: «Cuando yo herede, nos casemos y sea diputado, ¡oh, Adelina de mis insomnios!, has de sentirte orgullosa de ser la compañera del purificador de este ambiente preñado de corruptelas y de arrivismos que nos ahoga». ¡El sí que estaba preñado de ridículas fantasías! ¡Valiente purificador...!

Pero... vamos, vamos a cuentas, Marietina. ¿Cómo tiene que ser el esperado? ¿Alto? ¿Bajo...? ¡No, no! Alto, alto. ¡Vamos...!, no muy alto; como papá, por ejemplo; y... hasta un poquitín más. ¿Grueso? ¿Delgado...? Así, así. ¿Moreno? ¿Rubio...? ¡Ay!; en esto sí que se quedó Marietina un poco perpleja. ¿Quiénes son más guapos, los rubios o los morenos? ¡Valiente pregunta! Y soltó la carcajada. Este detalle quedó por resolver.

Bueno. Y ya formado con la loca de la casa, y hasta con las manos, que no permanecieron quietas ni un segundo, el tipo a su gusto, quedó mirando al techo, como si al conjuro de su charla encantadora hubiera de aparecer de improviso el galán alto, no muy alto, ni grueso ni delgado, de una color indefinida, para consultarle si había de usar corbata y cómo sería, único punto que quedó por dilucidar en el caprichoso soliloquio.

Y al ser llamada por la abuelita, corre a su encuentro aquella vieja de diez y siete años.

III

...Pero un día, mejor dicho, una mañana, una hermosa mañana de sol, después de oír su misita, durante la cual leyó y rezó muchas oraciones—que a esto le enseñó la abuela—, al descender por la escalinata del templo acompañada de la doncella, cruzose con un joven oficial del Ejército que quedó mirándola con terca insistencia. La nena echó a andar sin acordarse de abrir la sombrilla, un poco azorados sus movimientos y sin saber ciertamente en qué mano había de llevar su bolsito de raso. ¡Fué mucho aquella mirada! El militar descendió también desde el último escalón y comenzó a seguir a Marietina. Pasaron por el Prado, a aquella hora abigarrado de niños gozosos, reidores y danzarines. ¡Qué lindos los macizos del paseo, qué encanto en los árboles florecidos, qué fresco y armonioso el rebotar del agua clara en las conchas enormes y mohosas de la antañona fuente!

Una vez en casa, la discreta mirada desde el portal—¡oh, soberana intuición!—el saludo especial a la portera, una fútil preguntilla, para que no le quedase duda a aquel moscón de que allí vivía, y luego, transcurridos unos minutos, la salidita al balcón... ¿Qué más quería?: casa y piso. A esperar.

Y ya tenemos aquí a Marietina, a la linda y revoltosa Marietina, presa de una intranquilidad, de un desasosiego jamás sentido, cuchicheando con la doncella, saliendo varios días a la calle y volviendo malhumorada y colérica por la pasividad de aquel zopenco, que sólo, sólo se atrevía a mirarla. ¡Ya estaba ella harta de tantas miradas y de tantas sonrisas! ¿Si sería mudo? ¿Se lo iba ella a comer acaso...?

Y, mire usted por dónde, aquella tarde, cuando, según confidencias de la doncella, había suplicado el galán insistentemente la salida, vino la lluvia, la maldita lluvia, a malograrlo todo.

IV

La niña, junto al cristal, dejaba volar su loco y atrevido pensamiento. Recordaba sus *incommensurables* diez y siete años, la hermosa mañana de sol, las miradas y las sonrisas, el canto de los niños bajo las copas fantasmales de los árboles. Todo le parecía un sueño. Pero no; allí, allí estaba, casi escondido en el hueco de un portal, alzando de vez en vez la mirada al cerrado balcón... Era la realidad con uniforme.

Vino la noche.

—¡Señorita, señorita...! ¡Una carta!

—¡¡Por fin!! Recuérdame mañana a San Antonio...

V

Sola está Marietina, sentada a su mesita de palosanto. Tiene apoyada la cabeza en la siniestra mano, que casi se pierde entre las crenchas doradas de su pelo. En la diestra, la pluma de marfil. Encima de la mesa, unos plieguecillos de papel rosa. ¡Qué

bella está la nena bañada en la luz pálida de la lámpara blanca! Piensa, escribe, tacha lo escrito, vuelve a escribir, releo lo trazado y torna de nuevo a tachar. ¡Otro plieguecillo, y otro, y otro...! Marietina se desespera. Unos comienzos le parecen demasiado secos, extremadamente fríos; otros, por el contrario, pecan, a su juicio, de efusivos; es el «sí» ahorro de disimulos, sin eufemismos, casi a boca de jarro. Y esto no está bien, ¿qué ha de estarlo? Puede suponer el oficialite que rabia por novio y que por este motivo hace cara al primero que le dice «ojos negros tienes». Y él, ni esto le ha dicho. Casi a punto está de darle calabazas. ¿Por qué no? Pero luego piensa en la constancia de sus galanteos, ¡pobrecillo!; en las horas y horas transcurridas bajo el balcón—aquella tarde, por ejemplo, a pesar de la lluvia—; en que no es del todo *despreciable*; en sus diez y siete años... ¡Ea!, que le dice que sí. No hay vuelta de hoja. Pero... ¡Dios santo! ¿Cómo, cómo...? Y sus lindos zapatitos repiquetean en el suelo terca y nerviosamente.

—¿Qué es eso, revoltosilla de los diablos? — exclama mamá Antonia abriendo la puerta de la salita.

Súbita, como ladrón sorprendido infraganti, limpia, arrugándolos, de plieguecillos la mesa; devuelve a su lugar la pluma; compone su ademán; álzase rápida de la silla, y, ligeramente, coloreadas sus mejillas y entreabiertos los labios por una sonrisa forzada, corre al encuentro de la anciana.

—¡No, no...! ¡Nada, abuelita...! Yo no hacía nada... Una carta a Charito, ¿sabes? Bueno; ya está la mesa puesta, ¿verdad...?

Mamá Antonia miró fijamente a Marietina por encima de sus gafas de concha. Lo comprendió todo. Bien es verdad que para ella no habían pasado inadvertidos los galanteos del militar. Ante la serena mirada y dulce sonrisa de la abuela, que todo lo disculpaban, perdonándolo todo, la nena bajó sus claros ojos al suelo y comenzó a gimotear.

—¡Ven acá, tontina; no llores! ¡Mira que se va a enterar mamá!

Se abrazaron. Entre lloros y mimos, consiguió saber la anciana el grave aprieto en que se encontraba metida su nieta.

—¿Y eso es todo? ¡Pues espera!

A poco volvió, trayendo en la mano una cajita de plata repujada. Y a igual que en tiempos pasados, cuando Marietina palmoteaba gozosa esperando del fondo de aquella caja algún collar para su garganta o algún anillo para sus dedos, mamá Antonia abrió con dos llaves diminutas y pulidas el argentado estuche y sacó, ante la infantil estupefacción de la nena, no la joya de rubíes ni el cintillo de brillantes, como cuando niña, sino un legajo de papeles cuidadosamente atados con incolora seda, que ya era una mujer Marietina.

—Toma—dijo después de un rato de rebusca.—Copia eso, variando, como es natural, el nombre. Es el borrador de mi primera carta de novia. Por cierto que también tu abuelo era por aquel entonces alférez de los Ejércitos nacionales ¡Que Dios haga a tu pretendiente general y a ti abuela de una nieta como tú!

Y Marietina comenzó a escribir.

¡Cómo corría la pluma de marfil sobre el rosáceo y estirado papel! Eso, eso era lo que ella quería decir. ¡Oh!, qué bien que interpretaban su deseo los pardos garabatos de aquel plieguecillo tostado por el tiempo y oloroso con un perfume suave y desconocido.

—¡Así! ¡Cierra la carta, que esos pasos son de mamá!

Y es que el amor, en la rueda de noria de la vida, a través de los siglos y de las costumbres, es siempre el mismo, y las mismas siempre sus palabras; y su finalidad como el comienzo, obedecen a las mismas leyes, a los mismos impulsos que allá en lo más recóndito de nuestras almas se albergan y transmiten de generación en generación, con la pureza o miserias que las sociedades albergan.

Pedro Massa

LA BELLA DURMIENTE

Dormida estaba la princesa por hechicería de un hada, un hada buena y maternal, que antes hubiera querido verla muerta que casada a disgusto con hombre que no la mereciera.

Sin madre que la prestase cuidado con esa delicada solicitud de las madres, y abandonada del rey, su padre, viejo huracán y egoísta, la princesa hubiera sido muy desgraciada; pero el hada de los niños sin madre la adoptó por hija, y Rosa-del-cielo, que así se llamaba la princesita, tuvo desde que quedó huérfana la dulce sombra que tanto han menester las niñas hasta que llegan a mujeres.

Constantemente era vigilada por su invisible protectora, y con frecuencia recibía de ella inspiraciones para el mejor acierto de sus actos. Dijérase que aquella hada buena, que así velaba por su vida, era su propia madre, muerta para el mundo y rediviva para ella bajo la impalpable forma de los genios quiméricos.

Y sucedió que cuando Rosa-del-cielo cumplió los diez y seis años—diez y seis rosas blancas y fragantes del parque real—y hubo el rey de pensar en casarla, de lejanas tierras llegaron a pedir su mano príncipes enamorados de la hermosa doncella. Ricos y fastuosos unos, bellos otros, quiénes osados y decidores, quiénes valientes y conquistadores, de varia condición eran, para mejor elegir. Pero por mucho que la princesa abrió los ojos y aguzó el ingenio, buscando uno entre todos que suscitase su simpatía, descubriendo en él algo más que la belleza física, el esplendor del linaje o el brillo de las armas y de los tesoros, hallar no pudo quien le placiera para el delicado fin a que se destinaba; y como el rey, queriendo mandar en el corazón de su hija como en los vasallos de su reino, la obligase a elegir esposo entre su corte de admiradores, y anduviese remisa en la elección la apenada doncella, llorando su desven-

tura y pidiendo a su padre tregua al mandato que en tan doloroso trance la ponía, quiso el hada intervenir en el pleito a favor de su protegida y hubo de encantarla, dejándola dormida con profundo sueño, del que sólo podría despertarla el hombre que ella quisiese para esposo. Y haciéndola desaparecer del palacio real, la condujo a un castillo lejano, donde estaría mientras el encanto durase.

La nueva del encantamiento de la princesa corrió por el mundo entero, y de los más remotos países partieron nuevamente hacia el castillo príncipes enamorados, deseosos cada cual de ser el que tuviese la fortuna de desencantar a la bella durmiente y casarse con ella.

Rosa-del-cielo estaba dormida sobre rico lecho de marfil, en la más recóndita estancia del palacio de encanto, y para llegar hasta ella había que ir sorteando diversos hechizos.

El primero que llegó fué un príncipe guerrero que todo lo fiaba al valor de su brazo y que quería merecer el amor de la princesa por la historia de su espada, vencedora en cien combates y dispuesta a mayores empresas si ello había de valerle el premio de una sonrisa de su dama.

Suponiendo que le impediría el paso, mató al dragón que guardaba la entrada del castillo y penetró en él. Pero, como en un laberinto de espejos, recorrió inútilmente todas sus estancias, sin acertar con la que guardaba a la princesa. Desesperado de dar vueltas y vueltas, que solían conducirle al mismo sitio, abandonó el palacio.

Luego llegó el príncipe más rico del mundo. Transpuso el umbral del castillo, cruzó el inmenso patio, donde una fuente alegraba el silencio con la perlería de sus surtidores, y subió por la larga escalera de mármol que conducía al piso principal del palacio. Al recorrer la galería, buscando la estan-

cia de la princesa, se encontró a una anciana hilando, a quien preguntó qué es lo que había que hacer para desencantar a la bella durmiente.

—Nada. Basta merecer su amor. El que lo merezca encontrará cerradas todas las puertas menos una.

—Si me dices — repuso el príncipe — el lugar donde duerme la princesa, yo te llenaré de oro. Soy el príncipe que más riquezas tiene en el mundo. La princesa no desdeñará un tesoro como el mío. Ten esta bolsa llena de oro y dime la estancia de la princesa.

—Es esa — dijo la anciana, señalando en el ángulo de la galería una puerta cerrada.

El príncipe se precipitó hacia ella, al mismo tiempo que sonaba una carcajada. Al volver la cabeza vió que la anciana había desaparecido, y tirada en el suelo la bolsa de oro. Despechado y rabioso, tuvo que abandonar el castillo.

El tercero en llegar fué un príncipe audaz, para el que ninguna empresa era imposible. Penetró en el castillo y halló francas todas las puertas. Al llegar frente a la que permanecía cerrada, pensó en derribarla valiéndose de su mucha fuerza. Pero cada vez que la tocaba se le convertían las manos en corcho. Afligido por su impotencia, retiróse de aquellos encantados lugares.

Muchos príncipes más hubieron de intentar sin fruto la dulce empresa de liberrar de su encantamiento a la bella durmiente. Hasta que un día acertó a llegar a las puertas del castillo el más gallardo y bello de todos, si bien por la traza parecía el más humilde.

Grave preocupación, robándole el color, le ensombrecía el semblante. Ni cortejo ni cabalgadura traía, y en lo marchito del traje y las empolvadas plantas, mostraba señales de haber caminado mucho. El sol, la sed y la fatiga habían sido sus únicos compañeros de jornada.

Miedoso y tímido, cual si temiese profanar con su presencia el encanto de aquel lugar, entró en el patio; y al ver la fuente, que tan sabrosa y grata

se brindaba a la sed con las cien lenguas de sus surtidores, tuvo intención de beber...; pero al punto desistió de su intento por considerarlo un egoísmo que a su amor ofendía.

No — pensó; — antes que nada, verla, aunque de sed y de cansancio desfallezca.

Y sacrificando su deseo, y sin saber a dónde dirigir sus pasos, quedóse vagando por el patio del castillo. De repente, vió a una anciana, ricamente vestida, que paseaba conducida de la mano por un lazarillo, lindo como un paje.

El príncipe la interrogó:

—Noble señora, ¿queréis decirme si a un pobre enamorado de la princesa durmiente le es permitido verla? No pretendo ser el elegido, que otros con más razón que yo merecerán su amor. Pero si pudiera gozar de la dicha de contemplar su belleza dormida, único consuelo a que aspira este triste corazón mío, que por ella ha desafiado tiempo y distancia, sed y fatiga; que por ella ha perdido la buena voluntad de su padre al negarse a casar, por razón de Estado, con una princesa a quien no quiere; que por ella ha perdido el amor de su pueblo y la paz de su casa y renunciado a todo, porque todo, con ser mucho, nada es si se compara con el gozo de ver a la princesa. Enamorado vivo desde el día que por primera vez vi su imagen y supe que aún es más hermosa su alma; y ya que este amor mío habrá de ser mi sed de siempre, fuente jamás hallada para mis labios, decidme, señora, si a este triste peregrino de su amor le es permitido, para alivio de su ruta, ver un instante a la princesa.

—Probad a verla — dijo la anciana.

—No conozco el castillo... Temo no dar con el sitio en que se encuentra... Si me hicierais la merced de prestarme vuestro lazarillo...

—No os hace falta. Vuestro propio corazón os llevará.

La anciana y el paje desaparecieron de repente, y el príncipe quedóse perplejo unos instantes. Luego tomo la escalera del palacio, llegó a la galería

y pasó por delante de todas las puertas que se le mostraban cerradas. Al final de la galería vio la que se le ofrecía abierta... Temblando, se detuvo, sin atreverse a entrar. Por fin, con paso humilde y silencioso, penetró en la estancia.

Sobre rico lecho de marfil sorprendió a la bella durmiente, y aunque estaba vestida de blanco y rodeada de flores, como las novias muertas, más parecía dispuesta para el epitalamio que para la tumba.

Sonreía con la sonrisa clara de la virginidad dormida. El sueño había cerrado sus ojos con la misma suavidad que cierra los ojos de los niños.

El príncipe se había arrodillado ante ella y la contemplaba largamente. Su corazón dictaba a sus labios dulces palabras, que eran como una oración al ideal. Cuando, tras largo rato, pensó despedirse de la princesa para siempre, puso en su mano, como

término de su visita, un beso de amor.

Al contacto del beso, la princesa despertó... El lecho ya no estaba allí, y Rosa-del-cielo miraba sonriendo a su elegido, al mismo tiempo que el hada madrina, surgiendo de repente, enlazaba las manos de los enamorados...

...Y he aquí cómo, merced a un hada, pudo una linda princesa casar a su gusto, y no a la fuerza, que a princesas y villanas tan malas consecuencias trae; y cómo un príncipe, renunciando a todo por un sueño, supo merecer lo que tan sólo por merecimiento quiso darse; y cómo, en fin, para el verdadero amor de nada sirven rejas ni encantamientos, pues, como en el cuento de la princesa, sólo abre la puerta a quien quiere y sólo cuando quiere despierta.

J. Ortiz de Pinedo



Los hijos de los reyes de Bélgica,
príncipe Leopoldo (heredero de la corona), príncipe Carlos y princesa María

PAGINAS INFANTILES

EL CASTIGO

Todo era paz en el pueblecillo montés. Sus casucas, blancas, viejas y grandotas, como anillas en las puertas para atar los borricos encanijados de los pobreticos romereros. En la plaza, en mitad del pueblo, levantaba sus sillares la iglesia, con su torre pizarrosa, de esquila vocinglera, y su vetaleta puntiaguda, abriendo sus brazos de metal en las alturas del espacio azul...

Hermosa tarde aquella de otoño. A gozarla en la obra de Dios salieron al campo el curita anciano y sus discípulos. A su paso por las callejuelas del villorrio les saludaba la gente. Saludos de respeto al sacerdote, que daba su pan al hambriento y daba su inteligencia al que no sabía...

Allá te iban camino adelante los rapacicos aquellos. Allá te iba el cura, apoyado en su palasán, con la espalda encorvada y torpe el andar.

...La campanica vocinglera tañía el toque de oración. Las viejucas del pueblo hacían rumbo a la iglesia, a rendirle tributo al patrón, San Rafael, rodilla en tierra, cruz en mano y oración en boca..

II

Arribaron al pie del calvario maestro y discípulos.

El sol moría lejos, tiñendo de sangre el cresterio montés. Las aguas del río serpeaban cantarinas por el cauce del río. En los banales, la gente jornalera abría los últimos surcos a golpe de legón. Por la vereda avante conducía su ganado el pastor.

Más que del octubre, del abril parecía la tarde. Así se creyera si los árboles no hubieran estado desnudos y los pajaricos tristes, sin nidal donde arrullar sus crías gorjeando amores...

Al fondo del llano levantaba sus columnas el Calvario. Era recuerdo del

Calvario santo donde sufrió el Señor las herejías. También había allí rastros de sangre, formados por la entraña del terruño. Cada columna tenía su cuadro retratando las caídas del Nazareno: ante ellos chisporreaban su agonía las mariposas que se encendían los viernes. Y allá en los altos, el sepulcro, con el Señor muerto, adorado en la Cuaresma por las viejas que subían Calvario arriba, hala, hala, rezando los pasos en devota romería.

Allí, al pie del monte Calvario, jugaban los educandos del cura.

En la meseta, otros chiquillos perseguían las golondrinas rezagadas, dispuestas a cruzar el mar. A dantazo de honda mataron una. Los de abajo indignáronse; había sido cruel la fechoría.

—Eh, eeeeh..., canalletas. ¡Muu-chaaachos! Bien sus podfais estar quietecicos. Yo se lo diré a tu paere, Pedrucho.

—Díceselo cuando quieras. Enantes tiréles a los vencejos; agora te tiraré a ti.

Y dicho y hecho. El Pedrucho aquel parecía tener en la barriga los demonios. Comenzó a tirar piedras desde lo alto; pim... pam... pim. La pelea duró un rato, sin que el rapaz se cansara. Hijo de pastor, al fin y a la postre hizo blanco. Pero en la cabeza más noble del ganado.

Fué herido el cura. La peña le abrió una estrella en la frente; de ésta chorreó la sangre a hilillos carmín.

Ver los discípulos herido al maestro y echar a correr tras los insultadores, todo fué uno.

¡Ah!, *pigre*, más que *pigre*. Corriendo lo persiguieron por el monte; saltando cortaos, pinchándose en los abrojos, cuarteando torrenteras...

—Hala, corre, corre. Se ha caído y no puede correr. ¡Ah!, *pigre*, so golfo...

III

Retornaron al poco los rapaces al lado del cura. Llevaban consigo al culpable que hirió al profesor en mitad de la frente.

—Aquí lo tiene usted. Este ha sido. ¿Qué hacemos de él? Fuerte castigo merece en purga de su culpa.

—Veamos, niños,—dijo el cura.— Formaremos un tribunal para darle a ese muchacho el castigo que se merece. Vosotros seréis los fiscales. El juez lo seré yo.

Las criaturas se pusieron en fila sin soltar al feroz enemigo. El sacerdote les interrogó uno a uno.

—A ver tú, hijo mío: ¿qué castigo le damos a Pedrucho?

—Atarlo codo con codo y llevarlo al pueblo pa que *Trompiche*, el alguacil, lo encierre en la perrera.

—No está mal. A ver, otro. ¿Qué pides tú, Feliciano?

—Que le demos morcilla, como a los perros.

—¡Oh! Y tú Pepito, ¿qué castigo pides?

—Yo pido otro castigo; como mi papá es el juez del pueblo, pos pido... pido.. otra cosa. Yo lo quiero a osté mucho, mucho. Asina talmente que a mi madre...

—Bien; acaba, hijo, acaba.

—...Y como le veo aún la sangre, pos pido que le demos otra pedrá y lo coiguemos de aquella sabina.

—Ahora me toca mí. Yo soy el juez y tengo obligación de imponer la sentencia. No estoy conforme con lo que vosotros estais diciendo. El castigo será que soltéis a Pedrucho y le perdonéis. Abrazadlo; que juegue con vosotros; que meriende con vosotros también.

Acabaron los rapaces por abrazarse, calmando la cólera. Formaban un hermoso cuadro de amor, en la paz del campo, bajo el cielo azul...

Alzó el cura su mano, bendiciendo las cabecitas.

A su vez recibió el viejo la bendición del sol, que antes de esconder su último rayo en la cresta serrana tejió

una corona de oro sobre la blanca cabeza del viejo.

Antonio Zaragoza Ruiz

LO QUE NO DEBE HACERSE

Un ilustre educador ha formulado la siguiente lista de los consejos que, en su opinión, deben darse a los niños para que eviten todas las ocasiones de hacerse daño:

No echar nunca petróleo en una hornilla para avivar la lumbre.

No utilizar nunca una lámpara de petróleo medio llena de este líquido, porque puede estallar.

No dejar fósforos por el suelo ni sobre los muebles. Es preciso recogerlos cuidadosamente y guardarlos en su caja.

No encender fósforos para iluminar lugares cerrados.

No tirar al suelo fósforos encendidos.

No llevar fósforos sueltos en el bolsillo.

No jugar con fósforos.

No jugar con los mecheros de gas.

No tocar ningún hilo mecánico que se vea colgando en la calle, porque puede estar cargado de corriente eléctrica.

No hurgar con objetos de metal los interruptores de la instalación eléctrica, estén las luces encendidas o apagadas.

No encender las luces de gas de una habitación cuyas puertas o balcones estén cerrados.

No ir de prisa al atravesar una calle. Corriendo es más fácil tropezar y caerse.

No jugar en medio de la calle.

No subirse al tren en marcha.

No apearse de un salto desde cualquier vehículo en movimiento.

No apearse de un vehículo parado en una calle de mucho movimiento sin mirar antes a ambos lados, por si se acercara otro coche.

No atravesar una calle sin asegurarse antes de que el trayecto que hay que recorrer no ofrece peligro.

MESA REVUELTA

Hormigas que cosen

Entre las muchas industrias que, de un modo más o menos elemental, practican las hormigas, está la de la costura. Un naturalista, Ridley, lo ha observado en una especie de esos animales que viven en la India.

El insecto coge sus larvas con la boca; ahora bien: estas larvas segregan un hilo para fabricar su capullo; de modo que la hormiga se sirve de ella como de agujas. Así practica una serie de agujeros en dos hojas, y con el hilo de secreción las cose de dos en dos, formándose nidos.

Esta observación no es única. Otro naturalista, Goeldi, ha visto también a una hormiga del Brasil coser del mismo modo las hojas de dos en dos, en zizás, con el mismo fin.

Un invento notable

Monsieur Rignoux, que desde hace años viene dedicándose a resolver el problema de la visión a distancia, o *televisión*, ha inventado a este fin un aparato llamado el *telefoto*.

De la misma manera que el teléfono trasmite toda la gama sonora, el telefoto trasmite toda la gama lumínica, las variaciones de sombra y de luz. Y, lo mismo que el primero, necesita éste dos hilos transmisores y además uno llamado sincrónico.

Compónese, en la estación de salida, de un espejo parabólico, que proyecta el haz luminoso de una lámpara de Verns de 2,000 bujías sobre el objeto cuya imagen que quiere transmitirse. Cada punto del objeto así iluminado es proyectado a su vez por una lente sobre un cuadro formado con 64 células de selenio.

Este cuerpo, como se sabe, posee la propiedad de ser más o menos conductor de la electricidad, según que esté más o menos alumbrado.

Esta propiedad ha sido ya utilizada por varios inventores en la transmisión a distancia de las imágenes fotográficas.

El inventor del telefoto obtiene la proyección de pequeñas imágenes luminosas sobre la pantalla, en la cual se refleja exactamente el objeto expuesto al extremo del hilo.

Monsieur Rignoux ha logrado, con la ayuda de su aparato, transmitir en su laboratorio las letras del alfabeto, y estima que para llegar a transmitir la imagen de una persona será necesario disponer de un cuadro compuesto de 3,000 a 4,000 células de selenio.

CHISTES

Vamos a ver

La señora a la sirvienta.—María, ¿ha visto a mi modista?

—Sí, señora.

—¿Cuándo me traerá el vestido?

—Me ha dicho que no se lo entregará hasta que no le haya usted pagado la última cuenta.

—¡Imposible; yo no puedo esperar tanto tiempo!

Razón convincente

En un examen de niños pregunta el examinador a uno de ellos:

—¿Por qué mordió Adán la manzana?

—Porque no tenía cuchillo para partirla—contestó el muchacho.

Respuesta definitiva

El pretendiente (al padre de su adorado tormento, que es coronel de Caballería).—Vengo, señor, a pedirle la mano de su hija...

El coronel.—¡Media vuelta a la derecha! ¡Al trote! ¡Marche...!